

Peregrino ángel doméstico*

Con la idoneidad de un alquimista, con los arrebatos de un poeta, ella mezcla roquefort y whisky, apio y nuez, queso blanco con cebollita de verdeo. ¿Otro toque de estragón, tal vez? ¿Una idea de pimienta? Prueba con la punta del tenedor y asiente satisfecha. Y lo curioso es que esta sensación de complacencia no le impide en absoluto el ligero vértigo o náusea, como de estar al borde de un precipicio. ¿Serían bichos raros? Las mujeres: ¿bichos raros? ¿O el error vendría de suponer que una buena disposición para la cebolla con queso indica todo lo contrario de tener un? ¿alma? Ella podía dar fe de esta sensación de vida-que-se-escurre, de este miedo, de esta conciencia de lo absurdo de estar mezclando a pesar de todo quesoconuez, apioconuisky, como quien inútilmente persiste en armar a su alrededor un precario cielo. Y al fin y al cabo quién había escrito que este placer melancólico de todavía olfatear el paraíso, como a una presa cercana e inalcanzable, merecía un origen más indigno que aquel cuyo nombre semejaba llenar la boca de laúdes y borrascas cada vez que se lo articulaba. *Aaaalllma*. Pronunciarlo muy lentamente, dejando que la primera «a» arranque ensoñaciones y glorias de las profundidades del pecho, luego soltar la «e» como quien hace vibrar un diapasón o evoca a la más pura entre las manifestaciones del hombre, y por fin cerrar la palabra con un sonido breve e inocente, casi infantil. Eso está ahí, a pesar del apio. Eso borboatea dentro de ella y le impide un estado de ánimo ligero y desintoxicante, muy apropiado para el cutis, amigas, cuando se ha tenido un día agitado y se esperan invitados a la noche. Todo lo demás, en orden. Una mujer menuda y juvenil, en vaqueros, que prepara canapés. Foto a todo color ilustrando al ama de casa moderna, dinámica, con personalidad. ¿Con personalidad? ¿Hay realmente en esta escena algo que revele su personalidad? A veces Irene sale al balcón y contempla desde afuera su casa iluminada y juega a no conocerse y a adivinarse en los objetos. ¿Habría en una ventana distante otro tan perspicaz como para reconocer en cada cosa a la mujer que piedra a piedra ha ido armando este refugio? Acaso capaz de entrever una posibilidad de amor en el jubiloso verde esmeralda del helecho, una anormal predisposición a la alegría en el empapelado de flores amarillas, el desafuero de sus deseos en el autorretrato de Van Gogh, su ángel doméstico en la harina leudante, cierta aristocracia de su intelecto en las obras completas de Thomas Mann, su costado nostálgico en la colección encuadernada de «El alma que canta» —¡el alma que canta!—, un sentimentalismo lindante con la estupidez en el tomito azul de *La infanta mendocina*, dedicado por su maestra de cuarto grado, «*las personitas como tú siempre saben llegar a lo que se proponen; que este libro te ilumine para hallar una meta justa y noble*» —qué era una meta justa y noble, mi Dios, a los nueve años el compromiso la había llenado de pánico, había hurgado en la vida insulsa

* Capítulo de la novela *Zona de clivaje*, de próxima aparición.

de la infanta insulsa, había explorado las Máximas del General, su padre, y sólo había encontrado tedio y más tedio, ¿dónde descubriría la respuesta?—, algunas cenizas de su granítica voluntad en la Remington poderosa, ciertas veleidades de sibarita en la mejorana y el estragón, un viejo sueño de perfección y de vuelo en la luminosidad creciente, la Pequeña Fuga, una voracidad de angurriente en el frasco de calcomanías, lleno hasta el borde con bizcochitos de grasa. Pero aun así, ¿sería su espectador tan agudo como para descubrir también el sentido oculto de estos canapés? ¡Ahí te quería agarrar! Porque no hay que ser muy zorro para maliciar cierta tendencia en el lomo de Thomas Mann, pero ¿qué se puede afirmar de una mujer en vaqueros que prepara canapés?

—Que ella es, a no dudarlo, un sugestivo ejemplo de la Mujer de Hoy: independiente, dinámica y optimista— por Dios, no, *vade retro*, no era a esta babosa de interiores a quien ella estaba convocando—, rebelde y original como toda acuariana, de armas llevar por el guerrero Aries que regentea su cuna, pero con el corazoncito apegado a las pacíficas tardes de la abuela, a causa de este pícaro y entrometido ascendiente en Cáncer —*que vino a cagarme la carta natal, dicho sea con todo respeto*—. Sin duda hoy ha tenido un día agitado —algunas palpitaciones en la Caja, una incierta inquietud, vagos deseos de llorar porque no sabe si quiere, o sabe que no quiere la pequeña reunión programada para esta noche—, pero acá la vemos, sin mostrar rastros de cansancio, preparando estos exquisitos canapés, ¿nos contará la receta?, con sus propias manos, en su coqueto departamento de un ambiente —junto al cual la vecina por fin se mató, pese a los buñuelos y las tortas fritas y las novelas románticas, ¿quién daría cuenta de ese dolor tan simple?—. Dejemos un momento a Irene Lauson enfrascada en su grata tarea, y aprovechemos para recorrerlo. Verán cómo, con poco dinero y mucha imaginación, se pueden conseguir efectos realmente deliciosos. Reparen en el toque original de Van Gogh, colgando sobre el diván; muy divertido el contraste entre la cara ceñuda del difundido pintor holandés que se cortó una oreja, ¡qué horror!, y los cálidos almohadones de típica artesanía norteña. Otro efecto bonito se consigue con la máquina de escribir, ¡tan fría! sobre el elegante escritorio de estilo español. Y qué decir del jardincito que Irene Lauson ha improvisado en su balcón liliputiense. Usted también puede hacerlo, querida amiga, ¡ánimese! Claro que todas hemos soñado alguna vez con espacios abiertos de vegetación exuberante, pero, ¿por qué no conformarse con esta ingeniosa selvita de lazos de amor, alegrías del hogar, enamoradas del muro y otras conocidas especies? Y qué bien se complementa acá con este otro jardín ¡pero de grandes pensamientos! que brota de las paredes. Porque Irene Lauson, queridas amigas, no sólo es esta dinámica ama de casa que, como pueden apreciarlo, prepara personalmente los canapés para sus reuniones, no sólo es una efficacísima programadora de computación, también, como lo delatan las tupidas bibliotecas, halla tiempo para dedicarse al envidiable hobby de la lectura. ¡Digno de imitarse! Y a juzgar por lo que indiscretamente se asoma en la máquina, ¿no le agradará, de cuando en cuando, borrar sus propias paginitas? Vamos a acercarnos en puntas de pie, a ver qué ha escrito.

—¡Fuera! ¡a la cucha! Ahí no hay nada que merezca ser leído ni siquiera por una imbécil babosa curiosa. Pura paja. Pura lamentación o regodeo. Puro ruido para no oír llorar a la vecina que iba a matarse. Así que, a otra cosa, mariposa. A mí déjenme en paz con mis canapés.

—Bueno, se ve que Irene Lauson es muy celosa de su intimidad. Mejor volvamos a su tarea específica, ahora que le está dando el toque final a estas fuentes. Qué buen gusto, qué creatividad. Se nota que nuestra anfitriona sabe homenajear a sus invitados como ellos lo merecen. ¿A quién espera, querida Irene, si no es indiscreción?

—Al único hombre que quise en mi vida, si no es indiscreción. Al único hombre al que tal vez esté condenada a querer por el resto de mi vida. Con una alondra de diecisiete años. Una bruta jetona culosucio que le sorbió el seso, y le roba su tiempo, y hace que él le festeje sus más estúpidas ocurrencias como si se tratara de las carcajadtas de un arcángel. Esos son mis dos invitados, la reputísima madre que te recontramilparió.

—El estrés, queridas amigas, es sin duda la enfermedad de nuestro tiempo. Cuántas veces descontrola nuestros nervios y nos lleva a decir aquello que no queríamos decir. El lamentable ejemplo de Irene Lauson, quien a pesar de ser una mujer moderna y de mente ordenada, no se ha librado de este flagelo contemporáneo, nos viene muy bien para ilustrar a nuestras queridas lectoras acerca de qué hacer si, desdichadamente, les ocurre algo así justo el día en que esperan invitados y desean estar más bellas que nunca. Ante todo, esto que con tanta prudencia está haciendo Irene Lauson. Llorar, amigas, lisa y llanamente llorar. Así, tendidas boca abajo, como si regresaran a la infancia, hasta que sientan que todo el interior se disuelve, que el entorno se borra

—que no existe nada sino esta tristeza, este viejo deseo de ¿felicidad? ¿No es acaso el viejo y evasivo deseo de ser feliz lo que súbitamente la hace llorar? Todo parecía tan fácil una hora antes. Ella saliendo a la calle con su bolso de hilo sisal al hombro. Buenas tardes. Buenas tardes. El zapatero, gordo y amable, sonriéndole de oreja a oreja. Ella sonriéndole de oreja a oreja, y la luz de octubre murmurando en todos los rincones. Sólo que ya no era de mañana, y ella amaba las mañanas, cuando el día tenía aún la posibilidad de ser perfecto. Entonces, la alegría era un don de las cosas y no un esfuerzo de su voluntad. Ahora, en este crepúsculo azul, el día ya estaba marcado. Pero Irene se sobrepuso y cruzó la calle. Buenas tardes. Buenas tardes. Ella era amable y sonriente; todos la querían en la cortada del Signo. Se detuvo ante el puesto de verduras y frutas. Apio. Era como un imperativo. O algo que le cantó adentro. Apio para deslumbrar a la princesita. Te voy a dar, princesita. Sonrió con cierto escepticismo: sabía lo suficiente sobre mujeres, de diecisiete años o de treinta, como para adivinar que a esta chica la reunión le debía hacer tanta gracia como a ella misma, y que el único que la consideraba imprescindible y, tal vez, hasta divertidísima, era Alfredo. Pero logró sobreponerse nuevamente. Buenas tardes. Buenas tardes. Sonrisas. Sonrisas. Una señora opulenta, con un inoportuno tapado de piel, compraba frutillas. ¡Frutillas! Irene paladeó la palabra, aspiró alegremente el olor a verdura, supo que el cielo estaba sobre su cabeza. La señora opulenta nunca lo sabría. Buenas tardes, doctora. Una doctora elegantísima compraba bananas. Una mamá muy joven pedía coliflor. Ninguna parecía percibir la alegría que irradiaba de las cosas, la belleza de la palabra coliflor, el perfume del apio, la música del mundo. Raro este don de sentir en carne viva el horror de la soledad y el perfume del apio. Pero esto era ella, con la bolsa de hilo sisal rebosante de olores entró en la despensa. Olfateó, palpó, se emborrachó. La tarde le zumbaba en la piel.

A las siete y diez entró en su casa. Otra vez había conseguido triunfar. Se puso a preparar los canapés. La vida recién empezaba.

—Y qué bien hace este sencillo tratamiento para el cutis. Claro que después hay que pensar en esos ojitos hinchados, que quedan tan feos. La receta, ya la conocían nuestras abuelas: unos algodoncitos empapados en té frío. ¿Y qué les parece si aprovechamos el tiempo para que actúe una buena máscara nutritiva? Esta es la preferida de Catherine Deneuve: *«Mezclo por partes iguales huevo, yogur y miel. Los resultados son notables»*. Si una perfecta como Catherine lo aconseja, por qué no probar nosotras. Ahora, cuando el problema es la grasitud, nada mejor que una receta secreta que usan las hermosas de Beverly Hills: una generosa capa de puré de berenjenas: los resultados son sorprendentes. Mientras la máscara actúa, relajen el cuerpo y sueñen que estamos en una dorada playa del Caribe; una suave brisa nos acaricia y la música del mar nos arrulla suavemente. Al quitar la máscara nuestro cutis estará como nuevo, y nuestro espíritu... mejor ni hablar. Ahora sí, amigas, ya estamos en condiciones de prepararnos para la noche. Luego de limpiar, refrescar y humectar su cutis, cubran sus ojeras con la barrita blanca antiojera. Para las arrugas, nada mejor que Regeneratiffe, la increíble crema hecha con estrógenos equinos y aceite Surukun, directamente extraído del Matto Grosso venezolano, ciento veinticinco Concursos Internacionales ganados por bellezas venezolanas son la mejor garantía para esta maravilla que, en contados segundos, borrará toda arruga o marca de expresión de sus caritas. Naturalmente, para pequeñas protuberancias o depresiones les recomiendo usar una barra correctora especialmente indicada para estos problemitas. Las irregularidades del rostro, en cambio, desaparecen como por arte de magia utilizando una base más oscura en aquellas regiones que se quieren disimular. Si considera que sus orejas son grandes o paradas, lo mejor es ocultarlas con un corte carré, con flequillo suavemente desflecado. El maquillaje ha de ser ligero, dando idea de frescura y juventud. Una base liviana, un polvo etéreo. El rubor se aplicará desde el centro del pómulos con un trazo firme, resuelto, y luego se expandirá como una delicada nebulosa. Un toquecito en la frente y en el mentón darán esa idea de vitalidad y alegría que tan lindo nos sienta a todas. Por supuesto, los ojos son la gran vedette de la temporada. Basta un juego de tres sombras hábilmente combinadas, el delineador que se aplicará con trazo fino, dando idea de gran naturalidad, y una buena máscara para pestañas. Ya está. Sus ojos serán tan intensos y personales que cautivarán a todo el sexo masculino apenas usted haga su aparición. Los labios, en cambio, exigen un moldeado especial. Luego de contornear la forma deseada, bastará rellenar el dibujo con un pincel más grueso. Unos toquecitos de brillo darán ese acabado húmedo que tanto seduce. Para el cabello se imponen los cálidos irisados; poseen un brillo vital y apasionado que proyecta sobre el cabello una luz especial. Ese brillo la transformará en una mujer realmente única. Ahora, lista ya para vestirse, no olvide que debe destacar lo mejor. Si quiere triunfar, mírese al espejo y sepa qué parte de su cuerpo debe poner en relieve. Si lo suyo son unas buenas caderas, destáquelas con un moño de raso shoking. ¿Rodillas bien torneadas? Las faldas deben ser superfemeninas, con buenos tajos a la vista, revelando aquello que antes ocultaban para desgracia de ellos. En todos los casos, el escote debe dominar el horizonte y declararse rey de la seducción. Anímese, escuchará suspiros. Y si la naturaleza la ha dotado sólo de una hermosa dentadura, sonría, querida, sonría todo el tiempo, haga que él caigarendido por esa sonrisa y se olvide de

todo lo demás. Pero usted... ¡no lo olvide! En los detalles descansa ese poder de seducción que hará que los hombres caigan como moscas en su red. Tacos altos para mirar por encima del hombro, mucha simpatía y toda esa audacia que en un raptó de timidez mandó a los cuarteles de invierno. Y una buena postura: eso es fundamental. Para lograrla, manténgase en todo momento muy derecha, los músculos abdominales hundidos, las nalgas levantadas hacia el techo, el pubis arqueado hacia el ombligo. Ahora sí, espontaneidad y alegría. Mucha alegría, ganas de divertirse y... ¡a resplandecer!

¡A resplandecer! Irene ha mirado su reloj y se ha puesto de pie de un salto. Antes de una hora van a llegar Alfredo y la mirona: ella tiene que aparecer resguardada por su luz propia, como por una coraza. Y sabe cómo hacerlo. A pesar de la babosa de interiores y su capa de berenjenas y su admirable ombligo en el culo, a pesar de esta melancolía que ningún estrógeno equino podría borrar, ella va a comenzar esta lenta ceremonia de iluminarse hacia afuera, como quien emite señales de sí misma, de lo mejor a lo más armonioso o lo más deseable de sí misma, rito que aprendió para siempre una tarde de verano, casi a los catorce años, ante el espejo de la planta baja de su casa de Bulnes.

Antes hay otro aprendizaje ante el mismo espejo, pero ocurre en invierno y es triste. Ella entonces tiene once años y hace unos días, en la calle, cuando corría descontroladamente, arrastrada por las veleidades de su cabeza, un hombre le dijo algo sobre «tus tetitas». Te las chuparía todas, dijo, y ella se paró en seco y, por primera vez, se sintió vulnerable y expuesta, cargando consigo esa cosa indefinida cuyas partes crecen desordenadamente, se ensanchan sin sentido, se instalan en lo que fue su cuerpo como una pura deformidad, como un mero error de la naturaleza. Algo que ella no es capaz de gobernar. Claro que puede fingir que desaparece, puede navegar, como en un agua diáfana, en la lectura de Wilde o en los laberintos de un intrincado problema de ingenio, pero sangra todos los meses sin haberlo pedido y un hombre habló de «tus tetitas» sin siquiera sospechar los universos laboriosos que su cerebro estaba tramando. Es puro cuerpo, pura repugnancia. Y pensar que años atrás había creído que ella era sólo su alma, sólo esa vanidosa interioridad que se reía de los adultos, de los que sólo podían ver en ella algo encantador y bien definido —un flequillo, unos cachetes redondos— pero lo ignoraban todo sobre la niña que por dentro era perversa y se reía. Ahora no se ríe. Ya no puede recitar versos larguísimos parada en una silla, ni decirle a Guirnalda que lo que ha hecho son travesuras infantiles. Nadie puede ver en ella algo encantador. Ni ver nada. Eso es lo que acaba de descubrir en esta fría tarde de invierno, parada ante el espejo de la entrada a la casa de Bulnes. Está contemplando con atención, con desusada impiedad, eso anodino que aparece en el espejo, y de pronto lo piensa. *No tengo cara de nada*. Con firmeza, se obliga a no cerrar los ojos, a seguir contemplando esa imagen sin forma, hasta que tanta delicuescencia le da asco. Los otros llevan su cara con naturalidad, son lo que son, lo que ella les ve. Pero qué se puede ver en ella. La del espejo le produce horror. Esto es lo que saben de mí, piensa. Nada. Ni arduas cosmogonías ni panes dorados. Una cosa impermeable y muda. Y sin embargo está condenada a esta cara. Y a este cuerpo. Esto es ella. Y tal vez, aunque todavía no lo sabe, es entonces cuando soterradamente empieza este lento aprendizaje, este obstinado empuje para transformarse en exterioridad, para que las cosmogonías y los panes y las risitas a hurtadillas se expandan y la iluminen como una señal. O como un aura.

Qué pasa a partir de ese invierno, qué rechazos o absoluciones tiene que protagonizar, casi no puede recordarlo. En cambio sí se ve fútidamente mirándose ante ese mismo espejo, el verano en que está por cumplir catorce años. Va a una fiesta. Antes de salir a la calle, se ha detenido ante el espejo de la planta baja. Entonces se ve. Un metro cincuenta y siete, pelo castaño, nadie podría afirmar que es hermosa. Y sin embargo hay algo que irradia, o algo que, a fuerza de voluntad o fuerza de deseo, se ha puesto a irradiar ante el espejo. Esta es ella. ¿No es posible vislumbrar en esa imagen cierta desusada alegría, el reciente deslumbramiento ante Romain Rolland, la secreta determinación de ser única? Eso está ahí, en el espejo. Eso es lo que los otros sabrán de ella.

Un rato después se pone a prueba. Está de pie en el centro de una gran habitación llena de chicas y chicos adolescentes. Los Plateros cantan *Only you*. Y el muchacho va a llegar. Irene no lo conoce, pero las otras no hacen más que hablar de él. Dicen que es alto, dicen que es atlético, dicen que tiene ojos verdes y que va a ser el más lindo de la fiesta. Todas las que lo conocen lo aman. Irene lo ama sin conocerlo. Está parada en el centro de la habitación y ahora, pese a su incipiente miopía y pese a que está de perfil a la puerta, sabe lo que acaba de ocurrir. Impermeable azul, porte arrogante, él se ha instalado en el marco de la puerta y mira hacia adentro. Lo que sigue es difícil de describir. Si Irene fuera un pavo real, uno diría que abrió su cola gigantesca y se puso a contonearla abstraída, como ignorando que él estaba ahí. Si fuera hermosa e imponente, uno diría que nadie podía dejar de reparar en ella, parada de perfil a la puerta, como ignorante del recién llegado. Pero no es imponente ni un pavo real, así que es necesario otro modo de explicar el fenómeno. Se podría arriesgar que se trata, a la vez, de un esfuerzo centrífugo y centrípeto. O decir simplemente que cada una de sus células se han puesto a cantar, y entonces ella resplandece. Pero no por algo ajeno a su voluntad. Es justamente esa voluntad, su fuerza expansiva, lo que hace que todo en ella cante y resplandezca. O cierta desorbitada exuberancia de vida que siempre la arrasó por capricho y que ahora Irene está aprendiendo a manejar a su antojo, hasta conseguir que dócilmente la inunde y la aureole y la privilegie bajo su esplendente chorro dorado. Y produzca esto que ahora, sin necesidad de mirar, ella sabe que está ocurriendo. El muchacho, que ostentadamente se ha sacado el impermeable azul, camina sin posible error hacia ella. Irene sabe que no podía haber sido de otro modo. Ahora lo tiene ante sí. Sí, le dice; bailo.

El resto es pura calentura y alegría de vivir. El cuerpo se le ríe por su cuenta mientras, bien pegada al muchacho, baila *The great pretender*. Es feliz. Pero nada está definitivamente hecho: eso es lo terrible, y lo prodigioso. Irene sólo ha probado que es posible. Que no sólo su cabeza, también este cuerpo es desde ahora cosa suya. Sólo hace falta cierto esfuerzo de la voluntad, o cierta concentración de los deseos. Y el muchacho de impermeable azul se va a dirigir a la niña que está de perfil. Y el joven profesor demandado por la de vestido blanco y la de vestido negro, va a fijar su atención en la adolescente de pollera tableada. Y la mujer de treinta años que ha estado preparando canapés y cuyo corazón aún quiere llorar, resplandecerá como un cristal asoleado ante el profesor adulto y la adolescente jetona que en una hora van a llamar a su puerta.

Con lápiz negro y con alguna sombra vaporosa, pero sobre todo con cierto rescoldo privado al que hará irradiar y atesorarle, va a officiar este festivo rito de ir iluminándose

po fuera. Ante el espejo se moldeará, se irá volviendo nítida y armoniosa. Acabará aceptándose, gustándose. Se querrá. Pero también entonces, durante este amable encuentro con lo más plácido de sí misma, va a saber que esto no es más que un equilibrio inestable. Algo cuyo suave fuego tendrá que mantener celosamente, como una diligente vestal de sí misma. Algo que, al menor descuido, puede acabar en cenizas.

Esto aún no la preocupa. Gozosa, con todas las células en tensión, entra en la bañera. El agua está tibia y agradable. Ella se recuesta, se expande, se disfruta. La ceremonia ha comenzado.

Liliana Heker